CAPITULO XX

La soledad espiritual y los santos

¿Qué dejará sin cambiar el correr de los tiempos? En el siglo XVI ya no se vive la vida solitaria eremítica, sino como alguna rarísima excepción. El Concilio Tridentino ordena la incorporación de los solitarios que existan, aun de los que viven reunidos, en alguna Orden aprobada por la Iglesia. Desaparece la soledad individual eremítica, la material y externa.

Pero el Evangelio no dejará de vivirse y en el evangelio continúan imborrables e intangibles los consejos de perfección dados por Nuestro Señor Jesucristo: *El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes, dalo a los pobres y sígueme.*

Mientras la Iglesia de Cristo sea santa —y lo es por su naturaleza—, habrá almas, y no pocas, que se ofrecerán al Señor y vivirán esos consejos para llegar a la perfección, que desean sobre todos los bienes de la tierra.

Las Ordenes mendicantes estaban en todo su florecimiento en el siglo XVI; gran número de santos iluminaban sus monasterios; iban buscando a Cristo, al encuentro de Dios. Hoy continúan floreciendo y dando fruto junto con muchísimas nuevas Ordenes y Congregaciones religiosas de hombres y mujeres, todas ofrecidas a Dios, profesando vivir santamente en las más diversas actividades de la sociedad. Salen del mundo, renuncian a lo mundano, para vivir en Dios y ser perfectos.

Ya no hay soledad, ni desiertos, en el sentido material. Lo que hoy llamamos desiertos religiosos no son arenales inhóspitos, sino continuación en el espíritu y en las virtudes de aquellos yermos, pero cambiados en la forma, aunque siempre en soledad espiritual, en vacío del corazón de las cosas terrenas, sin lo cual no hay santidad.

Superior del monasterio de la Salceda era el gran Cisneros —y lo fue más tarde de El Castañar—, cuando fue elegido para confesor de la Reina Isabel la Católica y luego para Primado de España y Regente del Reino. No por ello dejó de vivir la soledad espiritual, ni se apegó a bienes de tierra, aun cuando tuvo que manejar muchos y debajo de una cama suntuosa, tenía la muy pobre donde él dormía.

La soledad material, sin la espiritual, deja de

ser instrumento de santificación. No dejaron de vivir en soledad espiritual y desprendidos de todo los santos levantados a las más altas dignidades. Este es el concepto que hemos leído y el que nos enseñan los escritores ascéticos y místicos posteriores. Es la misma vida de Jesús.

El Maestro Fray Luis de Granada, príncipe de los escritores religiosos de la lengua hispánica por su bello decir, apóstol de los poderosos y de los pobres, de los cultos y de los sencillos, por la magnificencia de su encantador y fervoroso lenguaje y por la elegantísima sencillez y claridad con que expresa las verdades cristianas, por profundas y teológicas que sean, sentía admiración por la soledad y gustaba de vivir en ella, y escribe con hermoso estilo lo que entiende por soledad.

Gustaba vivirla y no perdió el tiempo en ella. Cuando en su Orden dominicana quisieron vivir la vida de solitarios en vida común en el monasterio de *Scala Coeli,* cerca de Córdoba, pensaron los Superiores en Fray Luis de Granada, y él no sólo fue contento a aquella casa aislada, edificada en la soledad, sino que la reconstruyó, como Superior, en lo material y en lo espiritual.

Viviendo allí, se recogía hasta cinco y seis horas diarias solo, en oración con Dios, sin ser interrumpido por las criaturas. Allí, junto al arro-

yo, que hoy lleva su nombre, inspirándose en el callado murmullo de las aguas, dictaba sus hermosísimas y fervorosas meditaciones, tan leídas y meditadas durante siglos, y volcaba en dulce y sonoro lenguaje todo el amor y ansia de su corazón a Dios.

En aquella amable soledad escribió su primer libro, que fue el dichoso preludio de lo mucho que escribió y predicó, siempre con el deseo de hacer bien a las almas; porque el apostolado más eficaz y el más ardiente deseo de salvar y santificar las almas se adquiere en la soledad, en el trato directo, humilde y amoroso con el mismo Dios; en la soledad se aprecia el inmenso valor de cada alma. En el monasterio solitario llenó su corazón de amor de Dios, que luego revertió en torrente de belleza y elocuencia para bien de todos y a través de los siglos.

Pensaba Granada que era necesario el amor a la soledad y el deseo de vivirla, y decía:

«La cual (soledad) debe amar y procurar con toda diligencia el que desea guardar la inocencia, y conservar la paz, y ocupar bien el tiempo, *y gozar de los regalos del Espíritu Santo...*

»Para alcanzar esta virtud conviene quebrantar la naturaleza y hacerse el hombre fuerza hasta que venga a hacer hábito de huir de la compañía, y amar el recogimiento, y la soledad, y hacer vida con ella.

»Y señaladamente conviene huir de la compañía de los

distraídos y livianos; porque es una de las mayores pestilencias que hay en el mundo» (1).

Pero el Maestro Granada no mira sólo a la soledad aislada, externa, que se vivió en los yermos, sino a la soledad espiritual y al vacío del corazón, para cuya posesión ayuda en gran manera la de los lugares; pero se puede tener entre los hombres, aun cuando mucho más difícilmente. La soledad puede vivirse, como recordábamos con San Bernardo, aun entre la familia, y nos explica cómo entiende él la soledad espiritual. Escribe a una religiosa, que se había retirado del mundo a un convento y vivía fervorosamente la vida religiosa:

«Habéis hallado el desierto y soledad de los monjes, y dado a entender al mundo, que la verdadera soledad no la hacen los lugares, sino los corazones. Sólo está quien está con Dios, y solo está quien vive dentro de sí mismo; y solo está quien no quiere nada de él, ni tiene por qué recibir pena ni gloria de las cosas que no ama, pues donde no hay amor, no hay pena ni cuidado, ni alegría ni turbación» (2).

Supo vivir en una admirable y santa soledad con todo lo inmenso y provechoso de su aposto-

---

(1) V.P.M. Fray Luis de Granada: *Compendio de la doctrina espiritual.* T. VI, cap. XXXVII. Madrid, 1788.

(2) V.P. M. Fray Luis de Granada: *Adiciones al Memorial de la Vida Christiana. A la Muy Reverenda Señora La Señora Soror Anna de la Cruz en Santa Clara de Montilla.* Madrid, 1788, tomo III.

lado, su coetáneo y maestro, el beato Juan de Avila, que terminó recogiéndose los últimos años de su fecunda vida en la pobreza y oración que había aconsejado siempre en sus predicaciones, junto a un convento de religiosas para dirigir un alma santa por los caminos del Señor, y teniéndolo por la mayor gracia de Dios.

El alma que se ha recogido sola con Dios, mirándose en Dios, consagrada totalmente a Dios, vacía de las cosas y amistades terrenas, encontró a Dios y, como dice la Divina Escritura (3), se hace una cosa con Dios; es envuelta por Dios en su luz y levantada hacia la paz del cielo y la alegría de los ángeles; recibe las suavísimas unciones del Espíritu Santo y es transformada en unión con Dios.

Fray Juan de los Angeles escribía:

> Créeme... que si con descuido te derramas por las criaturas, que no ha de faltar lepra en tus obras; pero si huyeres de ellas al secreto interior, todo cuanto hicieres será agradable a los ojos del Señor...
>
> En la soledad se purifica el hombre, y en esta pureza persevera de continuo; conócese a sí mismo y anda aprovechado en el amor de Dios. En la soledad se aprende a mortificar la carne y se confirma el alma en el bien.
>
> El que gusta de la soledad, sabe a qué sabe Dios y toma gusto de El. En la soledad se remontan y alejan del hombre las cosas que más suelen hacer guerra a los ave-

---

(3) *I ad Corint,* VI, 17.

cindados en el mundo, con el sabor de las celestiales, las cargas más pesadas se hacen ligeras. ¡Oh si conociésemos cuánto bien trae consigo la soledad y cuán grande sea el tesoro que en ella se adquiere, cómo la desearíamos! (4).

Los escritores espirituales, cuando tratan de la soledad interior, nos hacen aspirar y ver algo de la esencia y hermosura del cielo que encierra, porque es el ideal más encantador que puede soñarse y como un reflejo de armonía de serafines. El solitario, alejándose de las sirenas deleitables, pero engañadoras de los bienes del mundo y del propio cuerpo, va a la soledad atraído por el amor y la voz de Cristo; va al encuentro de Dios, para ofrecérsele y vivir, entregado a su amor, vida de amor divino. ¿Cómo extrañarnos se deshagan en alabanzas de la soledad y nos la presenten muy por encima de toda otra belleza y de todo otro amor? ¿No han de ver en ella la margarita preciosa del evangelio, y dejarlo y venderlo todo para poder adquirirla y encontrarse satisfechos y felices cuando ya la poseen?

Buscaron los santos la soledad; los solitarios la soledad espiritual en la soledad material y en la renuncia de todo, y los no solitarios, en el despego de los regalos y de cuanto pudiera disi-

---

(4) FRAY JUAN DE LOS ANGELES. *Conquista del Reino de Dios,* diálogo IX, pf. VI.

parles de la soledad interior. Unos y otros la buscaron como medio necesario para poder ser santamente espirituales, almas de oración, almas de exuberante vida interior, para crecer en virtudes y que pudiera abrirse en su alma con todo esplendor la flor del amor divino.

Los limpios de corazón verán a Dios y es sumamente difícil vivir con limpieza de corazón fuera de la soledad y estar despegado de todo y ser penitente en el trato de negocios y en las comodidades y regalos.

San Ignacio de Loyola dijo que *alma de oración* era tanto como decir *alma mortificada y desprendida,* y es milagro de Dios encontrarla fuera de la soledad.

Vivirá el solitario, en aislamiento completo, vida anacorética, o vivirá en soledad acompañado de otros que lo dejaron todo para ser de Dios del todo, lejos de las ciudades, pero siempre estará consagrado a Dios en silencio y oración; fue buscando a Dios y al encuentro de Dios y Dios se le presenta para abrazarle.

Vivirá el santo en medio de la sociedad, con floreciente vida interior y será un héroe viviendo desprendido y despegado, con la vida en Dios y buscando siempre y en todo a Dios, para que ninguna cosa o persona haga en el corazón estorbo a Dios. Vivía esta soledad, en medio del bullicio de los niños, San Juan Bosco.

Siempre el solitario obra movido por la misma causa y va a la soledad por el mismo fin. Aristóteles, sin llegar a comprender todo el alcance de su expresión, lo anunció al decir que el solitario, si no es bestia, ha de ser divino. Es divino y se hace divino por la gracia y el amor sobrenatural, por el abrazo que Dios le da, por las virtudes y vida angélica que vive, por los regalos de cielo y suaves comunicaciones que el Señor pone en su alma de modo maravilloso.

No porque un alma se retire voluntariamente a la soledad es ya santa. No lo fueron ni aún todos los escogidos por Jesús para ser apóstoles suyos. Ni es la soledad lugar de descanso, sino donde se forman los más esforzados soldados del Señor, y donde se desarrollan las más importantes luchas espirituales. En la soledad tienta el demonio más enconada y fuertemente.

Los solitarios tienen mayor probabilidad y más medios para ser más santos y para ser soles más brillantes en el firmamento de la iglesia de Dios, y para alcanzar del Señor la conversión de más almas que se entreguen a Jesús.

El demonio se esfuerza con más astucia y mayor violencia por derribarles si le fuera posible. El solitario verdadero, como el alma santa, según dijo la Doctora Mística, nunca va solo al cielo, lleva otras muchas almas con él; forma legión espiritual y poderosa de los ejércitos de

Dios. Es apóstol, y forma apóstoles, como San Antonio, como San Pacomio y Victoriano de Asán y San Fructuoso y San Simeón el Estilita y otros muchísimos. El demonio sabe muy bien esto y no puede tolerarlo, intentando apagar estos soles de Dios y quiere gloriarse en la caída de estos elegidos. (5).

El fin de la soledad siempre es el mismo: *morir a sí mismo para vivir en Dios,* huir del mundo para entrar en Dios. Tanto más perfectamente se vivirá en Dios y se participará de su gracia, de su amor, de sus atributos todos, cuanto mejor se haya muerto a sí mismo, al mundo y a los regalos y riquezas. Dios llena abundosamente el alma vacía y la hace llama viva de su amor.

---

(5) Como curiosidad quiero poner en nota el decálogo de la soledad, escrito por el autor. Dice así: La Soledad es:

1. *El lugar* de la tentación especial.—2. *Donde* se ganan las batallas del Señor tras penosa lucha interior y exterior.—3. *Lugar* de expiación por todos los hombres.—4. *Lugar* de alabanza a Dios en unión de los ángeles, por todos los hombres.—5. *Donde* se vive con Dios que se hace el dormido y se esconde en lo íntimo del alma.—6. *Donde* el demonio aprieta mucho.—7. *Donde* Dios confía en el alma y la mira cómo lucha, sufre y ama.—8. *Donde* el alma siente en vacío y desolación la mano purificadora de Dios, que aprieta.—9. *Donde* Dios purifica al alma y la guía a Sí mismo.—10. *Donde* Dios se une con el alma que se ha dejado purificar.

NOTA: En el desierto nunca se está ocioso. Se está metido en el horno de Dios hasta hacerse llama... Se está sumergido en el mar de Dios empapándose, aunque se esté como un canto. Es un bloque de piedra que Dios está labrando a su gusto. Es la casa de Nazareth.

CAPITULO XXI

Fin y modalidad de los carmelitas en los desiertos y en las monjas. Gozo del retiro

Hemos recordado que de los solitarios de los primeros siglos del cristianismo toman su origen directa o indirectamente todas las órdenes religiosas. En los tiempos modernos se reúnen con fines directamente apostólicos, cimentándose con los tres votos, según los consejos de Jesucristo. El fin primario era ser todo de Dios en retiro, pero de la soledad salían luego los apóstoles de Cristo que convirtieron los pueblos.

Los orígenes de la orden de la Virgen del Carmen están, más directamente que los de otras órdenes, en los solitarios de los desiertos. Han querido los carmelitas conservar siempre viva su semejanza con los solitarios, para lo cual han destinado algunos monasterios especiales que se conocen con el nombre de *desiertos,* no por que lo sean, pues se procuran lugares amenos y con mucho arbolado, que parecen más bien paraísos, sino por el silencio, oración y penitencia

que en ellos se vive, no ejercitándose allí el apostolado externo, sino el interno en ofrecimiento a Dios.

Santa Teresa de Jesús, nuestra Madre, dice a las Carmelitas que ésta ha de ser su vida y han de imitar a los ermitaños:

«El estilo, que pretendemos llevar, es no sólo de ser monjas, sino ermitañas, y así se desasen de todo lo criado» (1), y alentando al sufrimiento añade: «Acordémonos de nuestros Padres santos antepasados, *ermitaños,* cuya vida pretendemos imitar; qué pasarían de dolores, y qué a solas, y de fríos, y hambre, y sol, y calor, sin tener a quién quejarse, sino a Dios.» (2).

Al volver los carmelitas a restaurar, con todo rigor, en España la vida de los desiertos, decía el Padre Tomás de Jesús, uno de los principales restauradores, en las *Instrucciones,* que escribió para esas casas de retiro y silencio:

«Tres fines puede tener el que va a buscar la soledad. El primero, huir de las ocasiones y de los pecados y evitar los impedimentos...

»El segundo fin es hacer penitencia y llorar los pecados...

»El tercer fin es para contemplar a Dios, y unirse y juntarse con El en estrecho vínculo de amor y caridad...

(1) SANTA TERESA DE JESÚS: *Camino de perfección.* Cap. XIII, 6.
(2) Idem, íd.

»Será, pues, el fin principal de la vida eremítica, procurar una semejanza grande con el mismo Dios...» (3).

Destaca el mismo fin que tenían los solitarios antiguos. Estos desiertos y esta soledad de los carmelitas no son para toda la vida, como eran para casi todos los antiguos o son para los cartujos, sino para un tiempo determinado y en ese tiempo, dedicados totalmente a Dios reponer el espíritu que se hubiera podido perder en la vida de apostolado externo y volver con nuevos propósitos y esfuerzos para hacerlo todo por Dios, en su presencia y sin apegos terrenos.

Santa Teresa de Jesús amó la soledad y quiso que sus Carmelos fueran desiertos por el silencio, por la penitencia, por la oración y por la caridad, y aun cuando los monasterios de sus carmelitas estuvieran enclavados en medio de las ciudades, permaneciesen aislados y en soledad, o sea, sin trato de noticias y visitas frecuentes y que sus monjas vivieran en verdadera pobreza, muertas a sí mismas y a su amor propio, y fueran la intercesión y expiación por los pecados del mundo y el sostén y esfuerzo de los mismos ministros del Señor, y esto no con palabras ni exhortaciones, sino con su vida santa de oración

---

(3) P. Tomás de Jesús C. D.: *Instrucción espiritual para los Religiosos Carmelitas Descalzos, que profesan vida eremítica.* Capítulo I.

y penitencia, y alcanzándolo de su esposo Jesús con el amor.

Quería fueran almas esforzadas las recogidas en el castillo de Dios, y que desde allí, con los medios ya dichos, defendiesen la Santa Iglesia de todas las herejías y pecados y pusieran amor de Dios en el mundo. La carmelita que no pusiera su vida para que Dios fuese más amado y por la extensión de la Iglesia, no era Carmelita. Quería, por lo tanto, que fuesen sus hijas santas solitarias, pero apóstoles eficaces desde la soledad, con poder inmenso para atraer la gracia de Dios sobre las almas. Es el apostolado de la casa de Nazaret.

No es pequeño ni estrecho el ideal de Santa Teresa, que continúan deseando cumplir con perfección sus hijas, como lo cumplió tan grande santa.

Dando un paso más en esta mirada a la soledad, entremos a contemplar su belleza, su alegría y su fecundidad para la Iglesia y para las almas en su eficaz apostolado.

Sería mayor gusto mío hacerlo con palabras y reflexiones propias, pero continuaré exponiéndolo en gran parte al menos, con las palabras autorizadas de los santos que lo vivieron. Esas palabras nos presentarán un horizonte no nuevo, pues hace ya siglos se conoce, pero sí alentador, porque no suele mirarse mucho a este

aspecto y a veces se piensa lo contrario y para no dejarlo decaer.

* * *

La soledad ni es triste ni es oscuridad. Si se va al retiro *a sembrar en llanto* se recoge a Dios en lágrimas y Dios es la fuente de infinita alegría y pone júbilo inmenso en el alma que le buscó y encontró a El solo, a solas, en la soledad.

La soledad es foco y manantial de luz y de gozo; es alegría y júbilo muy superior al que pueden tener los hombres en las delicias de la tierra y al que puedan imaginar.

La soledad, de suyo, como vida interior que es, no puede ser triste y no lo es. El alma solitaria, decíamos, está muerta al mundo y a lo mundano y tiene la vida interior infundida por el mismo Dios y *está escondida en Cristo* (4), que es puro gozo sin mezcla de tristeza.

Tanto será mayor el gozo del alma cuanto esté más muerta a sí misma y más íntimamente unida y envuelta en Cristo, participando de este modo más de la vida de Dios. El alma, en el vacío del corazón, está anonadada, humillada, ofrecida. ¿Y quién le impide a Dios hacer lo que

---

(4) San Pablo: *A los Colosenses,* III, 3.

quiera en el alma totalmente anonadada y humillada?, decía San Juan de la Cruz (5).

La vida del alma que vive en Dios, que se ha dejado vaciar de sí misma, como está en el mismo manantial de la vida, es transformada por Dios y hecha vida perfecta y esplendor de luz sin sombras. Se ha puesto en el mismo foco del amor y en el centro del gozo y su aspirar es júbilo.

Dios es el maestro directo del alma de vida interior cuando ha quitado ya los obstáculos que le impedían oírle y la enseña El por Sí mismo sin intermediarios. No puede dejar de ser gozosa y muy delicada esta vida, pues mucho participa de Dios y, como Moisés en la soledad del Sinaí, recibe las palabras de su misma boca, no ya en los oídos del cuerpo, sino en lo puro del alma.

«Con estas hablas interiores, decía el Padre Tomás de Jesús tratando de la soledad, enseña Dios al alma en breve tiempo muchas verdades, y la va desengañando y desapegando el corazón de las cosas terrenas, y levantándola a la noticia y conocimiento de las cosas divinas y sobrenaturales, como él lo dice por Jeremías: *Sedebit solitarius et tacebit, quia levabit super se.* Yo le pondré en reposo y silencio de soledad, que esto quiere decir *sedebit solitarius et tacebit.*

»Y de aquí se sigue otra gracia que Dios le hace, que es

---

(5) SAN JUAN DE LA CRUZ: *Subida del Monte Carmelo.* Lib. II, cap. IV.

levantarse sobre sí por medio de la contemplación divina, haciéndole de hombre, ángel y de humano, divino.» (6).

El morador de la soledad, entregado a la vida interior, encontró a Dios y Dios le hace divino, comunicándole perfección de sus atributos, y, como divino, experimenta gozos tan delicados y comunicaciones tan subidas como no pueden experimentar los demás ni aun imaginar.

San Pablo el Ermitaño fue a la soledad por una temporada, mientras pasaba la persecución contra los cristianos, y la encontró tan celestial y su oración y su gozo eran tan angélicos, que no quiso salir más de ella, viviendo allí con Dios hasta los ciento trece años. Y llena de jubilosos gozos la encontró San Antonio y tantos miles de solitarios verdaderos que le siguieron.

¿Quién podrá expresar debidamente estos gozos? La Virgen dulcísima nos dijo que su espíritu estaba lleno de gozo en Dios su salvador. Muchos santos nos han hablado del lleno de gozo que sentían en su alma, pero no lo recibieron hasta haberse vaciado de todo y de sí mismos viviendo en soledad interior con su Dios.

La soledad espiritual es en verdad donde el alma, libre ya de sus apetitos, encuentra a Dios infinito y amorosísimo con más llenez, y le

---

(6) V. P. Tomás de Jesús, C. D.: *Instrucción Espiritual para los religiosos Carmelitas Descalzos, que profesan vida eremítica. Prólogo.*

abraza y se ve como saturada de Dios y envuelta en sus misericordias, y en ello recibe gozo sobre todo gozo y se siente jubilosa con inefable alegría.

Esta soledad y vacío y silencio de creaturas es vida interior y de amor y un continuo y gustoso vivir en Dios, para Dios y de Dios. Se siente como en el mismo pecho de Dios y recibe vida de su vida y está en su misma vida bañándose en olas de amor. Las potencias del alma, atentas al Señor y como fuera de sí, están recibiendo iluminación de los ojos divinos.

Esta es la belleza y la dicha y el inefable contento de la soledad espiritual. ¡Dichosos los que se han determinado a salir de sí mismos y a dejarlo todo, porque de ellos es tan inapreciable tesoro! Esto es lo que no se cansaban de cantar los santos, y decían que no encontraban palabras para expresarlo ni jamás hubieran podido soñar si el Señor, en su largueza, no se lo hubiera dado. Esto expresaron con acento de ángeles Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.

La vida de retiro, vivida con perfección, no puede ser hosca, ni triste, ni pesada, sino llena de júbilo y de alegría, y de emoción y entusiasmo, como vida que se desenvuelve en la compañía más noble, más sabia, dulce y confidencial, cual es la compañía de Dios, y el estar con-

tinuamente en su divina presencia ofreciéndosele en abnegado amor y recibiendo y participando de sus perfecciones infinitas.

Se dejó la compañía terrena de hombres y de bienes y se llegó a la compañía de ángeles del cielo y del mismo Dios criador de todo; se dejó tierra y se recibió cielo; se dejaron gustos de sentidos y se poseen delicias de espíritu y de eternidad.

Dios amorosísimo, queriendo pagar aun aquí en la tierra la generosidad de estas almas, infunde largamente luz y gozo y hermosura en sus potencias, hasta llenarlas y saturarlas, siendo, por esto mismo, la vida de mayor y más regalada alegría y de más inefable consuelo que en la tierra puede darse. Toda otra alegría o complacencia humana, por muy ensalzada e idealizada que sea de los escritores, no puede ni compararse remotamente con la alegría y complacencia de estas almas puestas en los brazos de Dios.

Veremos que San Juan de la Cruz llegó a decir en una frase feliz *que a vida eterna sabe y sabe a esencia de Dios.*

He reparado que Algacel, escritor persa del siglo XII, de religión mahometana, se retiró a vivir en la soledad, y el tiempo que allí le permitieron estar llevó vida penitente y recogida, buscando la verdad. Ignoro tuviera detallado conocimiento de las verdades cristianas.

Cuando le mandaron dejar esa soledad para que se dedicara a la enseñanza filosófica, escribió en uno de sus libros estas hermosas ideas, que pueden ser firmadas por un santo:

Entonces puede el siervo de Dios descansar y hacer alto en su marcha... El objeto de sus anhelos lo tiene entre las manos; un esfuerzo no más y el siervo de Dios reposará tranquilo en las bastas llanuras de sus méritos, en el desierto de la caridad, en las playas del amor divino... Vive acá abajo en este mundo; pero sólo con el cuerpo; su corazón está puesto en su fin.»

No vivió San Francisco de Sales en la soledad, ni siquiera en el retiro de un convento. Fue alma eminentemente activa, siempre apóstol intrépido, abnegado, envuelto su celo en admirable suavidad externa, ganando para Cristo muchas almas y regiones enteras. Vivía en su actividad una vida interior sumamente intensa y la llama del amor de Dios le tenía inflamado.

Porque vivía tan intensamente para Dios, sólo buscaba las almas, viviendo completamente desprendido no sólo de los bienes, sino de su vida, la cual exponía continuamente por el bien de las almas. La vida interior le puso en posesión de la soledad interior, ejercitando un apostolado sin reposo.

Porque este Santo, caracterizado por su dulzura, vivía tan enteramente para Dios en su in-

cansable actividad, gozó de las dulzuras que hace Dios sentir a las almas que se le entregaron perfectamente, y escribía sobre los deleites espirituales esta alabanza:

«Los filósofos antiguos reconocieron que había dos clases de éxtasis, de los cuales unos nos levantaban sobre nuestra naturaleza y otros nos abatían bajo nosotros mismos: como si hubiesen querido decir que el hombre era de una naturaleza intermedia entre los ángeles y las bestias, y que participaba de la naturaleza angélica en su parte intelectual, y de la de bestias en su parte sensitiva; y que, con todo, podía por el ejercicio de su vida y por un continuo cuidado sobre sí mismo, modificar y cambiar esta media condición; porque, aplicándose y ejercitándose mucho en las acciones intelectuales, se hacía más semejante a los ángeles que a las bestias; y aplicándose a las acciones sensuales, descendía de su condición media y se aproximaba a los brutos; y porque el éxtasis no es otra cosa que el salir uno fuera de sí mismo, según se salga de sí en un sentido o en otro, diremos que se encuentra en éxtasis espiritual o sensual. Así, pues, los que tocados de los goces divinos o intelectuales, dejan arrebatar su corazón hacia estos sentimientos, están verdaderamente fuera de sí mismos, esto es, levantados sobre la condición propia de su naturaleza; más, por esta dichosa y deseable salida, por la cual, entrando en un estado más noble y elevado, son tan ángeles por las operaciones de sus almas, como hombres por la sustancia de su naturaleza, y deben ser llamados o ángeles humanos u hombres angélicos» (7).

---

(7) San Francisco de Sales: *Tratado del Amor de Dios.* Traducción por el Dr. D. Lorenzo Alonso Rueda, Pbro. lib. I, cap. X.

Y Aristóteles en una maravillosa intuición de entendimiento natural hacía esta sorprendente reflexión: «La obra de Dios que sobresale en gozo es sin duda la contemplativa, y el hombre es del todo feliz por aquellas operaciones humanas que más se asemejan a Dios en esta operación» (8). Viva mi alma en la gozosísima contemplación de Dios.

(8) ARISTÓTELES: *Ethnicorum liber X,* cap. VIII. Es la dichosísima soledad de Dios.

CAPITULO XXII

La soledad de Santa Teresa de Jesús. Su hermosura, la mayor

Santa Teresa de Jesús tampoco vivió la soledad material de los desiertos e individualmente aislada en vida anacoreta, ni quiso que sus hijas las Carmelitas la vivieran. Admiró a la venerable Catalina Cardona, pero se opuso al parecer y deseo de algunas de sus hijas, entre ellas su sobrina, de fundar desierto para vivir las Carmelitas. No lo quiso cuando vivía ni después de morir.

Pero sí vivió la soledad colectiva y de comunidad y quiso que sus monasterios tuvieran el recogimiento, el silencio, la oración y penitencia de los desiertos. Vivió con almas retiradas de la sociedad y del trato del mundo, consagradas a Dios, para vivir en el heroísmo de la virtud más perfecta, con total abnegación, en silencio y pobreza.

Ni se contentó con vivir ella vida tan santa y recogida, sino que, instada y enseñada por el

mismo Dios, con esfuerzo más que de mujer, ordenó que en su Orden vivieran todos esa vida heroica en perfecta imitación de Jesucristo y como herederos de los antiguos ermitaños, con sus mismas virtudes. Sentía no pequeño gozo en pensar que esos santos ermitaños eran sus predecesores.

Para mejor imitarlos en las virtudes, en la vida interior, en la soledad espiritual y vacío del corazón, dispuso que en los conventos de sus Carmelitas no hubiera sala común de labor, pero ordenó que la carmelita ayude a su sustento con su trabajo, como ayudaba ella hilando aun en el locutorio durante la visita con el Caballero Santo; que el trabajo fuera sencillo para que no distrajera de la presencia de Dios ni pudiera engendrar vanidad; que cada cual trabajara en su celda o en particular, todo a semejanza de los ermitaños, para que al mismo tiempo que el silencio era más continuo, tan necesario para la vida espiritual, no tuviesen entrada la murmuración, ni los bandillos, ni se procurasen noticias de personas, ni del mundo, ni de negocios, sino que se viviera muy a solas con Dios en íntimo amor.

Vivía Santa Teresa de Jesús la soledad espiritual perfecta, y el retiro y silencio externo, y se gozaba de vivirla, como se gozaban sus hijas, hechura suya, de quienes se gloriaba en decir:

«La soledad es su consuelo y pensar ver a nadie, que no sea para ayudarlas a encender más en el amor de su Esposo, les es estorbo» (1).

Santa Teresa asimiló y vivió la sentencia de San Pablo y quiso que en todos los conventos de Carmelitas se viviera: *Mirando o contemplando a Dios glorioso somos transformados en su misma imagen, creciendo de hermosura en hermosura como guiados por el Espíritu Santo* (2).

Exhortó y mandó que el Carmelita *viviera una viva y continua presencia de Dios,* y de ese modo estaría como envuelto en una clara atmósfera de amor divino, donde no pudiesen entrar ansias ni apegos de mundo o de sus vanidades y concupiscencias, ni de bienes de tierra, aspirando sólo a los bienes celestiales y a la posesión del mismo Dios.

Legisló que sus conventos fueran pequeños y pobres para que hicieran poco ruido al caerse el día del juicio, pero que las almas que en ellos vivieran fueran santas, heroicas en amor y en virtudes, que ellas *formasen como la flor de la iglesia orante y expiante ofrecida a Dios por todas las almas de el mundo todo;* que fueran víctimas de amor en holocausto perfecto de ala-

---

(1) SANTA TERESA DE JESÚS: *Autobiografía.* Cap. XXXVIII.
(2) SAN PABLO: *Segunda a los de Corinto,* III, 18.

banza, de agradecimiento a Dios y de expiación por los pecados del mundo; que fueran la oración permanente, como lámpara encendida, para que los sacerdotes y consagrados a Dios se conservaran santos, verdaderos apóstoles de Cristo, encendidos en su amor. Quiso que sus carmelitas, en sus conventos, fueran lucientes lámparas de amor de Dios que iluminaran las almas y que se consumieran delante del Señor por todos los demás, como lo habían sido aquellos santos solitarios de quienes se gloriaba descender.

La soledad material no es un fin, sino un medio sobremanera conveniente para llegar a vivir la soledad espiritual.

Los santos hasta aquí citados nos han repetido lo difícil que es vivir la soledad espiritual sin el apartamiento y retiro del mundo.

Se gozaba Santa Teresa en pensar que la soledad es la compañía más apacible y deleitosa, *pues es estar continuamente con Dios a solas* y mirarse en Dios, llena, sumergida, empapada en Dios y en su amor, y estar recibiendo de sus infinitas perfecciones y delicias al mismo tiempo que se goza en ofrecérsele. Con todo su afecto decía al Señor:

Un alma en Dios escondida,
¿qué tiene que desear,

sino amar y más amar,
y en amor toda encendida,
tornarte de nuevo a amar?

La soledad verdadera es la interior, la espiritual, el ejercicio de las virtudes y del amor de Dios. Es negarse, morir a sí mismo para vivir en todo la voluntad de Dios. Sin esto, de nada serviría la soledad material; sólo formaría caracteres duros, ásperos y tercos con soberbia.

Quiero recoger algunos textos en los que nos dice lo conveniente de la soledad material para llegar a la santa espiritual, que es lo más hermoso de la tierra.

«En la soledad hay menos ocasiones de ofender a Dios» (3).

«Acostumbrarse a soledad es gran cosa para la oración; y, pues, éste ha de ser el cimiento de esta casa, es menester traer estudio en aficionarse a lo que esto más ayuda» (4).

«Los que comienzan a tener oración... han menester irse acostumbrando a no dárseles nada de ver ni oir, y aun ponerlo por obra las horas de la oración, sino estar en soledad» (5).

Según Santa Teresa, la soledad es el medio por donde Dios llena el alma de su gracia, de su

---

(3) Santa Teresa de Jesús: *Fundaciones.* Cap. V.
(4) Idem: *Camino de Perfección.* Cap. VI.
(5) Idem: *Autobiografía.* Cap. XI.

amor y de sus misericordias. Dios se comunica en la soledad; de aquí que la soledad es dulcísima sobre toda ponderación. Es cierto que la soledad material y el alejamiento de los hombres ayuda, pero en todos los lugares puede vivirse la soledad espiritual. Esta insinuación de la santa fue la que leímos en San Bernardo:

«También se puede imitar a los santos en procurar soledad y silencio y otras muchas virtudes, que no nos matarán estos negros cuerpos» (6).

«A no haber esto de por medio (obediencia o caridad), siempre me resumo en que es mejor la soledad» (7).

«Ni ha menester alas para ir a buscarle (a Dios), sino ponerse en soledad y mirarle dentro de sí» (8).

La soledad es estar a solas con Dios en amor, y Dios obra su amor en el alma: «Mucho importa este entrarnos a solas con Dios» (9).

«Bien es procurar más soledad para dar lugar al Señor y dejar a su Majestad, que obra como en cosa suya» (10).

Para ello «Vivir siempre en El las que a solas quisieren gozar de su Esposo Cristo. Que es siempre lo que han de pretender; y *solas con El sólo*» (11).

Esta es toda la razón de la hermosura, gozo y grandeza de la soledad. *Estar a solas con El so-*

---

(6) Idem: *Autobiografía*. Cap. XIII.
(7) Idem: *Fundaciones*. Cap. V.
(8) Idem: *Camino de Perfección*. Cap. XXVIII.
(9) Idem: *Moradas Sextas*. Cap. XI.
(10) SANTA TERESA DE JESÚS: *Camino de Perfección*. Cap. XXXI.
(11) Idem: *Autobiografía*. Cap. XI.

lo. Nos lo dirá después con esas mismas palabras San Juan de la Cruz. Pero tanto Juan como Teresa no sólo dicen con los Santos ya citados que la soledad es el arca de seguridad de los tesoros de Dios, sino que entreabren el arca para que veamos algo de esos tesoros que ellos vieron y gozaron.

Vemos esto cuando nos describe esa especialísima soledad que ella sintió, en la cual estaba llena de un ansia inmensa de ver y de gozar a Dios ya en su gloria. En *Las Moradas Sextas,* y más por extenso en su *Vida,* nos describe este envidiable estado de su alma, diciendo:

«Siente una soledad extraña, porque criatura de toda la tierra no la hace compañía, ni creo se la harían los del cielo, *como no fuese el que ama,* antes todo la atormenta. Mas vese como una persona colgada..., abrasada con esta sed y no puede llegar al agua» (12).

«También deja un desasimiento extraño, que yo no podré decir cómo es...; y hácese una extrañeza nueva para con las cosas de la tierra, que es muy penosa la vida...».

«Muchas veces, a deshora, viene un deseo, que no sé como se mueve. Y de este deseo, que penetra toda el alma en un punto, se comienza tanto a fatigar, que sube muy sobre sí de todo lo criado, y pónela Dios tan desierta de todas las cosas, que por mucho que ella trabaje, ninguna que le acompañe le parece hay en la tierra, *ni ella la querría, sino morir en aquella soledad.* Que la hablen y ella se quiera hacer toda la fuerza posible a hablar, apro-

---

(12) Idem: *Moradas Sextas.* Cap. XI.

vecha poco; que su espíritu, aunque ella más haga, no se quita de aquella soledad. Y con parecerme que está entonces lejísimo de Dios, a veces comunica sus grandezas por un modo el más extraño que se puede pensar; y así no sabe decir, ni creo lo creerá, ni entenderá, sino quien hubiere pasado por ello; porque no es la comunicación para consolar, sino para mostrar la razón que tiene de fatigarse de estar ausente de bien, que en sí tiene todos los bienes.»

«Con esta comunicación crece el deseo y el extremo de soledad en que se ve, con una pena tan delgada y penetrativa, que, aunque el alma se estaba puesta en aquel desierto, que al pie de la letra me parece se puede entonces decir, y por ventura lo dijo el Real Profeta, estando en la misma soledad..., *Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in tecto...* Así parece que está el alma, no en sí, sino en el tejado o techo de sí misma y de todo lo criado; porque, aun encima de lo muy superior del alma, me parece que está... Pues todo lo que se le puede representar al alma de la tierra, aunque sea lo que le suele ser más sabroso, ninguna cosa admite; luego parece lo lanza de sí. Bien entiende que no quiere sino a su Dios; más no ama cosa particular de El, sino todo junto lo quiere» (13).

Esta soledad es regalo muy subido de Dios. El Señor envuelve al alma en amor infinito e impalpable, la incomunica de los límites estrechos de la tierra y la mete en su misma atmósfera de luz, de suavidad, de infinitud, de sed y ansia inextinguible de El mismo.

Aquí el alma se siente no sólo fuera y por encima de lo criado, por alto y atrayente o hermo-

---

(13) SANTA TERESA DE JESÚS: *Autobiografía.* Cap. XX.

so que sea, sino en compañía del mismo Dios y metida en el mismo Dios. Aun cuando esté ocupada en los quehaceres, siente la mirada amorosa de Dios y este *sabroso martirio* de desearle, amarle y entregársele y verle ya en su gloria. Dios es el aire y la atmósfera, y el calor, y la dicha toda de la soledad. Su hermosura inimaginable, su bondad inmensa, sus perfecciones todas son la luz que envuelven el alma, la iluminan, la embellecen y transforman. Esta soledad es merced mayor que los éxtasis.

El alma se siente como reina dichosa de amor, y lo es, en ansias de llegar pronto a la completa posesión de este amor glorioso. Sólo el cielo la absorbe. La misma Santa Teresa nos dice de sí:

«Metida en aquella morada... se le muestra la Santísima Trinidad, todas tres Personas, con una inflamación que primero viene a su espíritu, a manera de una nube de grandísima claridad... Y cada día se espanta más..., porque nunca más le parece se fueron de con ella, sino que notoriamente ve, de la manera que queda dicho, que están en lo interior de su alma; en lo muy interior, en una cosa muy honda, que no sabe decir cómo es, porque no tiene letras, siente en sí esta divina compañía» (14).

«... Y la gloria que entonces (con la presencia íntima especial de Dios y olvido de la creación entera) en mí sentí, no se puede escribir ni aun decir, ni lo podrá pensar

(14) Santa Teresa de Jesús: *Moradas Séptimas.* Cap. I.

quien no hubiera pasado por esto. Entendí estar allí todo junto lo que se puede desear... Dijéronme... que lo que allí podía hacer era entender que no podía entender nada, y mirar lo nonada que era todo en comparación de aquello. Es así que se afrentaba después mi alma de ver que pueda parar en ninguna cosa criada, cuanto más aficionarse a ella, porque todo me parece un hormiguero» (15).

¿Cómo nos parece extraño, ante esto, que se desprecien los tronos de los reinos de la tierra y se renuncie a todas las hermosuras criadas, y se despoje de todos los bienes materiales para ir a gozar de la amistad y del trato de Dios en la soledad? Dios, que lo es todo para los ángeles y para los bienaventurados, lo es para el alma que, despojándose de todo y vaciándose de sí misma, está con El solo en la soledad.

San Juan de la Cruz vivía en la Santísima Trinidad y sabía, y a veces gustaba, que Dios, infinito y deleitoso amor, está *de mi alma en el más profundo centro,* poniendo amor y sabiduría.

Tan hermoso es el ideal de la soledad espiritual y tan regalado para quien perfectamente lo vive. Nada puede soñarse que tenga alguna comparación con ella. Todo lo demás son sueños de tierra y bienes de tierra y hermosura de sentido. Esta es la realidad inexplicable y ma-

---

(15) SANTA TERESA DE JESÚS: *Autobiografía.* Cap. XXXIX.

ravillosa del mismo Dios, con bienes, hermosura y sabiduría de cielo, que *toda deuda pagan y saben a vida eterna.*

Sólo Dios puede dar tanta alegría y hermosura y comunicar tanta sabiduría y tan delicado y subido deleite.

Dios se da como quien es a los que le buscan y se comunica más abundantemente, después de haber probado y purificado, a quienes van a la soledad material y espiritual para vivir sólo en él.

Dios sale amoroso al encuentro de quienes le buscan y les muestra lo insospechable de sus tesoros y llena el corazón de estos sus enamorados.

> «Por eso, hermanas mías, decía Santa Teresa, alto a pedir al Señor, que pues en alguna manera podemos tener el cielo en la tierra, que nos dé su favor para que no quede por nuestra culpa» (16).

Lo que no se puede es abrazar juntamente el cielo con la tierra ni gustar las delicias del alma y las comodidades, regalos y disipaciones del cuerpo.

---

(16) SANTA TERESA DE JESÚS: *Moradas Quintas.* Cap. I.

CAPITULO XXIII

En la soledad de San Juan de la Cruz se dispone el alma para la unión de amor con Dios. Dios hace al alma divina

En la pequeña excursión que hice al principio por algunos de los poetas españoles que escribieron sobre la soledad, dije no habían llegado a cantar ni a penetrar lo más bello y amoroso de la soledad espiritual, y aun Fray Luis de León, con toda la delicada inspiración de su tan bella como espiritual poesía, se quedaba en la soledad sin ponerse en la compañía amorosa de Dios, que llena y sobrenaturaliza la soledad, y a ella se va buscando a Dios.

Un poeta de quien no hablamos antes remontó su canto de ángel sobre todas las criaturas y, recopilando la belleza de la creación en síntesis de soberana luz y puesta la mirada de amor junto a Dios, cantó la soledad maravillosamente y nos enseñó que era la compañía a solas con el Amado infinito, y aun llegó a decir era vida pura de amor en el mismo Amado.

San Juan de la Cruz fue este poeta, y fue tan admirable poeta como admirable maestro en mostrarnos los escondidos tesoros y las bellezas y delicias espirituales de las almas puras unidas a Dios por amor.

Toda su delicadísima y sublime poesía y gran parte de su prosa es aliento saturado de perfumes de cielo y bálsamo suavísimo del Espíritu Santo; es un himno, el más espléndido y levantado de júbilo amoroso, loando las misteriosas comunicaciones de amor de Dios al alma, que le espera a solas en la soledad, herida de amor.

Canta San Juan de la Cruz el amor, la efusión más alta, regalada e inefable del amor de Dios en el alma santa, purificada, recogida, escondida, transformada y sumergida en Dios, cuando vaciada de sí misma y de las criaturas todas se ha puesto en soledad perfecta, que es ponerse en el mismo Dios y ser toda para Dios solo. Dios la hace toda amor. Con verdad se ha dicho de San Juan de la Cruz:

Iba al amor cantando,
con tan dulcísima armonía,
que rival en sus cantos no tenía (1).

---

(1) P. Fr. Florencio del Niño Jesús, C. D.: *El Cantor del Divino Amor,* en rev. «El Monte Carmelo», año 1913, noviembre, con el seudónimo de Fray Florián del Carmelo.

Es canto de amor y agradecimiento a Dios en la soledad, pero una soledad bellísima, luminosa; es soledad en compañía de Dios; es intimidad en lo íntimo de Dios, todo luz, sabiduría y efusión para el alma; es retiro donde el alma es toda para Dios en todo y Dios para el alma, llenándola de subidísimo amor divino con inefables complacencias. Nada hay comparable a esto. Bellísimas ideas han escrito los Santos sobre la grandeza y encantos de la soledad espiritual; algunas, muy pocas, he reproducido; pero nadie, en mi pobre entender, ha escrito las sublimidades atrayentes y transformadoras de la soledad como San Juan de la Cruz; nadie la ha presentado tan iluminada de luz de cielo.

La *Historia de Barlaam y Josafat* dice que después de haber renunciado al trono llevaba en la soledad una vida angélica y gozaba con frecuencia de la vista de Jesucristo. El solitario perfecto de Raimundo Lulio sobreestima la soledad a todo lo más alto y más noble y apreciado, y, ya en ella, habla del amor y de la hermosura y encanto del Amado.

Para *Blanquerna,* ya en su codiciado retiro, todo es Amor y Amado con las excelsas cualidades del amor celestial. Raimundo Lulio, más que describir la soledad espiritual, nos la presenta viva y encarnada en el admirable personaje de *Blanquerna.* Este hombre, dotado de las más

variadas y magníficas cualidades, al ir al encuentro de Dios a la soledad, vive todos los estados de perfección, poniendo en ellos la más brillante, prudente y atractiva santidad. Desde la cumbre del solio pontificio salta a su ideal primero, a la soledad soñada, para dar el abrazo al Amado y ser todo del Amado. El Amado y el Amigo se abrazan y se funden en el mismo amor. Todo es amor del Amado, el ideal perfecto de la soledad.

El solitario de la Peñuela no vivió la soledad anacorética o aislado de toda otra persona, ni aconsejaba se viviera en su tiempo. A un religioso súbdito suyo, que sentía tentaciones de huir de los religiosos para vivirla, le dijo era admirable esa vida, pero la Iglesia ya no la aprobaba.

El más dulcísimo cantor de la belleza, santidad y gozo de la soledad no vivió en desierto solo, aislado ni compara los demás estados con vida tan santa para levantarla muy por encima de todos; pero nos dice en versos de luz y de armonía que el alma, *la Amada, es en el Amado transformada en la soledad,* porque «al Amado no se halla sino fuera, en la soledad» (2), pues «la anchura del desierto ayuda mucho para el

---

(2) SAN JUAN DE LA CRUZ: *Noche.* Lib. I, cap. XIV.

alma y para el cuerpo» (3). Y «para la oración es bueno lugar solitario y aun áspero. Nuestro Señor escogía lugares solitarios para orar» (4).

San Juan de la Cruz hace resaltar que para la unión de amor con Dios, donde se llega a la perfección, es totalmente necesaria una soledad pura, espiritual, levantada de todos los apegos de la tierra y de intereses, con vida en Dios. Es necesario el perfecto desprendimiento de lo criado, el vacío del corazón, la atención amorosa a Dios, para estar no sólo suspendido, sino metido en Dios.

Todas las obras de San Juan de la Cruz son, a mi pobre entender, una paráfrasis altísima y bellísima de las palabras de Nuestro Señor Jesucristo, según nos las dejó San Mateo: *El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame* (5). La ciencia del amor celestial puso unción divina.

Y esta es la razón de que todos los libros del Doctor Místico sean una descripción de la soledad espiritual con todas sus terribles sequedades y con las más encantadoras alegrías y goces; una exposición de los medios para llegar a conseguir este inapreciable tesoro y una convincente exhortación para que el alma se abrace con lo

(3) Idem: *Carta desde la Peñuela.*
(4) Idem: *Subida del Monte Carmelo.* Lib. II, cap. XXXIX.
(5) MATTH.: XVI, 24.

más bello y más regalado que puede darse en la tierra.

La poesía, junto con su mística explicación, es un cántico de ángel escrito en este destierro por un alma hecha llama de cielo sobre los efectos dulcísimos que el torrente de deleites del amor divino produce en el alma puesta en perfecto silencio. ¡Dichosa el alma que se determinó a vivir vida tan angélica y enamorada, huyendo de los obstáculos que lo impiden, para entregarse perfectamente al Amado! Porque este Divino Amado, infinito e inefable, la empapa en sus deleites celestiales y la transforma en Sí por la unión de amor, haciéndola divina, según la expresión del mismo Santo, tan mirado en sus calificativos.

Al sólo pasar la vista por los escritos de esta alma seráfica resalta, tanto en la poesía como en la prosa, que el Santo enaltece, admira y canta la soledad y el vacío de las criaturas, mediante el cual fue puesto dichosamente en la vida de amor de Dios; y la soledad espiritual es la compañía, el abrazo y amor íntimo y directo del mismo Dios, donde el alma, ya limpia de defectos e imperfecciones, libre de apetitos de criaturas, vive en el mismo Dios y *su gozo es de estar sola y a solas amando al Amado y sabiendo que es amada del Amado*. ¿Cómo no se ha de sentir irresistiblemente la atracción de la soledad?

¿Quién podrá resumir las bellezas de esta soledad ni aun comprender lo que es la misma soledad? Porque el alma se ve

«...como en un inmenso desierto, que por ninguna parte tiene fin; tanto más deleitoso, sabroso y amoroso cuanto más profundo, ancho y solo, donde el alma se ve tan secreta cuanto se ve sobre toda temporal creatura levantada. Y tanto levanta entonces y engrandece este abismo de sabiduría el alma, metiéndola en las venas de la ciencia del amor, que la hace conocer, no solamente quedar muy baja toda condición de criatura acerca de este supremo saber y sentir divino, sino también echa de ver cuán bajos y cortos y en alguna manera impropios son todos los términos y vocablos con que en esta vida se trata de las cosas divinas, y cómo es imposible, por modo y vía natural, aunque más alta y sabiamente se hable de ellas, poder conocer y sentir de ellas como ellas son, sino con la iluminación mística teológica» (6).

Nunca la poesía se dignificó tanto ni cantó tan dulcemente maravillas tan altas, superiores a toda fantasía natural, ni expresó tan delicada, encantadora y amorosamente lo levantado de deleites inefables y sobre cuanto se puede soñar en la tierra. Al fin son deleites que el mismo Dios pone en el alma y *que saben a esencia de cielo y a vida eterna y meten «al alma en una nueva noticia y abisal deleite»* (7).

---

(6) SAN JUAN DE LA CRUZ: *Noche.* Lib. II, cap. XVII.

(7) Idem: *Subida del Monte Carmelo.* Lib. II, cap. XXVI, y en *Llama de Amor Viva.*

«El que ha de ir uniéndose a Dios, conviénele que crea su ser... No ha de ir entendiendo ni uniéndose a la imaginación, sino creyendo su ser, que no cae en entendimiento» (8).

San Juan de la Cruz enseña que el alma ha de estar en esta soledad porque quiere que viva en Dios y solamente en esta soledad encontrará al Amado.

Toda la acción y el contenido doctrinal de sus poesías fundamentales se desenvuelve en la soledad, en esta soledad espiritual y material sobrenaturalizada.

Empieza el alma saliendo. Tanto en la *Noche Oscura* como en el *Cántico Espiritual* el alma sale abrasada en ansias en busca del Amado; sale aprisa, clamando; sale de todas las cosas, dejándolas, y de todos sus propios apetitos y gustos. Sale de toda luz y hermosura creada para entrar y quedar envuelta en la luz y belleza infinita. Todo el esplendor y armonía de la poesía y del arte y toda la animación y viveza del espíritu se aunan para realzar la importancia y necesidad de la salida en busca del Amado, hasta que, fuera y alejada de todo, en la soledad y en el silencio más sagrado, le encuentre y descanse en sus dulces brazos.

Bien merece que copiemos la poesía de la

---

(8) Idem, íd.: Lib. II, cap. IV.

Noche oscura, pues es el epitalamio de la más delicada entrega y del más dichoso gozo:

1. En un anoche oscura,
con ansias, en amores, inflamada,
¡Oh dichosa ventura!,
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.

2. A oscuras y segura,
Por la secreta escala, disfrazada,
¡Oh dichosa ventura!,
A oscuras y en celada,
Estando ya mi casa sosegada.

3. En la noche dichosa,
En secreto, que nadie me veía,
Ni yo miraba cosa,
Sin otra luz ni guía
Sino la que en el corazón ardía.

4. Aquésta me guiaba
Más cierto que la luz del mediodía,
Adonde me esperaba
Quien yo bien me sabía,
En parte donde nadie parecía.

5. ¡Oh noche, que guiaste!
¡Oh noche amable más que la alborada!
¡Oh noche que juntaste
Amado con amada,
Amada en el Amado transformada!

6. En mi pecho florido,
Que entero para El sólo se guardaba,
Allí quedó dormido,
Y yo le regalaba,
Y el ventalle de cedros aire daba.

7. El aire de la almena,
Cuando yo sus cabellos esparcía,
Con su mano serena
En mi cuello hería,
Y todos mis sentidos suspendía.

8. Quedéme y olvidéme,
El rostro recliné sobre el Amado,
Cesó todo, y dejéme,
Dejando mi cuidado,
Entre las azucenas olvidado.

CAPITULO XXIV

La soledad y las nadas de San Juan de la Cruz ponen al alma en la unión de amor

Se considera a San Juan de la Cruz como el escritor ascético y místico más consecuente con los principios evangélicos, fundamento de esta ciencia y sigue sin vacilar hasta las últimas deducciones. Y como los principios son sobrenaturales y de luz, resulta toda su doctrina de claridad y de cielo. Escribe apoyado en la fe, y la fe es la guía de su razón; por esto su razón sube tan alta y tan segura en todas sus afirmaciones y sale siempre más hermosa y brillante de todas las dificultades hasta llegar al abrazo de su Amado Dios y recibir efusiones nunca soñadas y regalados anticipos de cielo.

Todas las obras del Místico Doctor tienen por argumento la soledad de criaturas y la compañía y trato amoroso de Dios. Cuando la soledad de las criaturas sea más perfecta, la compañía y la intimidad amorosa de Dios será más íntima y más tierna y el alma se sentirá más llena de Dios.

La soledad se transforma en luz y en delicia de ángeles.

Entiende San Juan por soledad espiritual no sólo el retiro y silencio de los lugares y de los hombres, ni sólo el renunciar a los bienes materiales y a las comodidades, sino principalmente el quitar todo apetito y todo afecto corporal o espiritual no ordenado, dejando al alma sola, vacía, alejada de todo lo que no es luz, verdad y hermosura, poniéndola limpia, bella, transparente y apta para ser transformada por las mavarillosas manos de Dios, después de bien purificada y preparada en la luz y hermosura infinita e indeficiente de Dios, sintiéndose como divina por el amor.

Este es el vacío del corazón que Dios llena de cielo; esta es la senda de las nadas terrenas que dan la posesión del todo infinito y dichoso. Cuando el alma se ha vaciado perfectamente y puesto en nada en la soledad espiritual y santa, Dios la llena, la comunica su misma vida de amor y santidad y encierra en su corazón el tesoro inefable del cielo.

En los escritos del Solitario de la Peñuela las palabras soledad, silencio, vacío, purificación, nada y noche, son muy semejantes en el significado, casi sinónimas.

Desde el principio enseña el Místico Doctor a dirigir todos los pasos del que aspira a la perfec-

ción por este camino. Ya en el primer capítulo de la *Subida del Monte Carmelo,* antes de empezar el comentario de la poesía que se ha transcrito, habla de la soledad con nombre de vacío, afirma su necesidad y dice:

> «Fue dichosa ventura meterla Dios en esta noche de donde se le siguió tanto bien; en la cual ella no atinara a entrar, *porque no atina bien uno por sí solo a vaciarse de todos los apetitos para venir a Dios.*» (1).

Y desenvolviendo el Doctor su doctrina con toda seguridad, viene a decir: de esto pesado de tierra y lodo, de apetitos, de amor propio y desorden no ha de haber nada, nada, absolutamente nada en el monte de la perfección. ¡Oh hermosa nada! Porque quitado el obstáculo y la resistencia, Dios convierte al alma en esta nada, en esta inmensa y dichosa soledad, en luz de cielo y la levanta y transforma en belleza y gozo de Dios.

La cima del monte de perfección es todo luz, hermosura y deleite divino, porque es vida, amor y posesión amorosa de Dios. *Sólo mora en este monte la gloria y honra de Dios.* El alma, puesta en tan dichosa soledad, queda envuelta en esta gloria y hecha gloria de Dios y está dando gloria

---

(1) SAN JUAN DE LA CRUZ: *Subida del Monte Carmelo.* Lib. I, cap. I.

a Dios y permanece en el no interrumpido banquete de bodas de cielo. En la cumbre silenciosa del Sinaí, habló Dios y se mostró a Moisés y a Elías, en el monte Horeb.

La fuerza que guía y hace volar al alma por esta atmósfera de luz es la fe, la gracia, el amor, la mortificación y todas las virtudes. El amor de Dios vigoriza la voluntad para quitar de sí el amor propio y vencer los apetitos y la enseña a cumplir con perfección y delicadeza de amor las palabras de Jesucristo: *Niéguese a sí mismo,* vacíese de sí mismo, muérase a sí mismo el que quiera entrar en mí y que yo le llene de mí y transforme en mí y venga a mí con su cruz. «El amor... la hace volar a su Dios por el camino de la soledad» (2). Y cuanto más perfectamente se haya negado a sí misma y abrazado a la cruz y puesto en callada soledad, tanto más alta y soberanamente la henchirá y llenará Dios de sus bienes y gozos, los cuales son El mismo. Aquí el alma recibe a Dios sin limitación.

Quisiera tener el don de hacer ver a cuantos leen estas líneas, como lo veo yo, que todo el esfuerzo del Doctor Místico es encaminar el alma a la soledad y enseñarla a que la viva con perfección, porque viviendo la soledad espiritual y puesta el alma en vacío y silencio de sí misma y

(2) SAN JUAN DE LA CRUZ: *Noche*. Lib. II, cap. XXV.

de todo, Dios cumplirá la palabra dada de establecer con ella la unión de amor.

El alma no puede llegar por sí sola ni a la soledad perfecta ni a la unión de amor; estas cosas están por encima del poder humano; las ha de dar Dios y el Señor nunca deja de darlas a cuantos las buscan, hacen lo que está de su parte por obtenerlas y se lo piden humildemente.

La obra doctrinal de San Juan de la Cruz está toda en la *Subida del Monte Carmelo* y en la *Noche Oscura;* se describe el camino o senda por donde el alma ha de subir estribada en la cruz hasta llegar a la cumbre del monte de la perfección. Mas en *El Cántico Espiritual* y en *La llama de Amor viva,* recopilando y confirmando su doctrina, presenta, lleno de vida, el jardín más bello y luminoso, hermoseado con todas las flores y con todas las armonías para que sirva de recreo y gozo al alma espiritual que disfruta de la posesión del Amado. Parece que todos los resplandores y todas las estrellas del firmamento bajan a reflejarse en esta fuente de hermosura y las flores más lozanas despliegan la belleza de sus colores y perfumes y los ángeles del cielo lo llenan de armonías y de fragancias para recreo del alma entregada al divino amor. Todo se ve vestido de hermosura y de gozo del Amado.

Se narra en *El Cántico* la salida del alma enamorada a la soledad en busca del Amado y está

cierta le ha de encontrar en la soledad y le tendrá con todas las delicias de la comunicación del cielo que pueden caber en la inteligencia y en la voluntad o el corazón del hombre en la tierra.

Todo el movimiento y toda la vida del Alma y del Amado se desenvuelven afuera, en la soledad, y esta soledad, como ya se acaba de decir, no es sólo material, es inmensamente más grande, más honda y misteriosa, porque es vaciarse el alma de sí misma, negar su propio gusto y su propio nombre y fama; es morir a todo lo criado que no conduzca al Amado y sea gloria del Amado para sólo vivir la vida y el amor del Amado que es Dios. ¡Bendita y feliz vida tan deseada! Por ella y para ella lo deja todo, pues sabe que mientras no se vacíe del todo no recibirá a Dios del todo. Ahí vivirá a solas con Dios en amor. Toda la belleza de la creación la hablará de Dios y la encenderá en mayor amor a Dios. Todo es obra de su Amado y todo es nada en comparación con El y El trasciende toda sabiduría y hermosura.

Alrededor de este dichoso encuentro en la soledad se hace ver y sentir toda la belleza de amor gozoso que puede soñarse en la tierra, toda la delicadeza del más exuberante amor que puede recibirse, según la capacidad del alma, aquí en el destierro y que luego se seguirá viviendo gloriosa en la Patria eterna. ¡Bienaventurada y feliz vida